



En Marcha, N° 919, 11 de julio de 1958, pp. 22-23.

Por CARLOS REAL DE AZÚA

PARISH Y MACKINNON
LOS LÚCIDOS BRITÁNICOS

Muchos intereses, y de muy variada ley, operaban durante el siglo XIX en el afán inglés por recapitular el mundo. En las explicaciones rioplatenses de última data tienden a subrayarse las necesidades de la expansión comercial imperialista y la vocación empresaria del sajón en los cinco continentes. Puede no haber duda que esas necesidades y esa vocación determinan, en proporción sustancial, el sesgo de esos muchos relatos, esos muchos informes, esas muchas monografías de tantos y tantos diplomáticos, marinos, hombres de empresa, científicos y hasta simple turistas.

Pero, como tuvimos no hace mucho tiempo oportunidad de examinarlo (1), también actuaba en ellos, a través de una formación romántica y de una ávida percepción de lo pintoresco, una despierta curiosidad y una – en algunos ejemplares casi religiosa – simpatía por la infinita variedad universal de los hombres, las cosas, las tierras y las costumbres.

Cualquier testimonio inglés sobre el Río de la Plata puede plantear esta constante dualidad que, desde el punto de vista de la psicología y aun de la sociología del saber, no es uno de sus menores intereses. Cualquiera de esos testimonios, también, reclama otra precisión, y es exigencia que, o lo que parece, hasta hoy no se ha atendido. Reclama ser situado en modalidades muy distintas entre sí, en variedades regidas por leyes distintas y gobernadas por fines inmediatos absolutamente heterogéneos.

II

La ejemplar colección *El Pasado Argentino* de Hachette (sin duda uno de los acontecimientos editoriales de los últimos años) publicó no hace mucho los libros de Hinchliff y Beaumont, dos viajeros estrictos. La reciente aparición de *Buenos Aires y las provincias del Río de la Plata*, la famosa y largamente agotada obra de Woodbine Parish, y de *La escuadra anglo - francesa en el Paraná, 1846* de L. B. Mackinnon permiten señalar, singularmente, como debajo del rótulo de "los Viajeros" cursan enfoques tan diversos que, si no se corriera el peligro de adelgazar en extremo la categoría, solo la de "testimonios extranjeros" pudiera apresar esa acentuada diversidad de tipos literarios (y de actitudes narrativas) que en ellos se da.

Porque un Ministro inglés en la Confederación Argentina (el primero producido el reconocimiento de las nuevas naciones sudamericanas) fue, para empezar, Woodbine Parish. Y por esa función, un residente en Buenos Aires durante los años agitadosísimos que corren de 1824 a 1832. Resultó testigo del ascenso y caída de Rivadavia, de la guerra con el Brasil, de las trágicas tropelías de Lavalle y del triunfo de Rosas, al que consideró *ser extraordinario*. Hombre de vida larga, colmada y triunfal, era también – aunque en pequeña escala – una de esas inteligencias, a lo Humboldt y aun a lo Goethe, que dan el principio del

siglo pasado y el liberalismo juvenil, con una multiplicada curiosidad en los asuntos humanos, la geografía, la etnografía, la geología, la historia y la política. Durante su permanencia en la Confederación hurgó – y seguramente fastidió – detrás de cuanto mapa, diario de exploración, informe, libro, o fósil tuviera noticia. Se desvivió, por ejemplo, detrás la documentación del coronel José María Cabrer pero el gran cartógrafo se negó a vendérsela pues, como “godo” nostálgico que era, aun en 1830 estaba esperando el victorioso desembarco español al que aquella serviría. Con más éxito otras veces. Parish tiende una red de corresponsales ingleses en todas las provincias (que en nuestro tiempo se parecía peligrosamente a una organización de espionaje) y a su regreso a Inglaterra, después de algunas comunicaciones científicas, publica en 1839 la primera monografía seria que la Argentina había merecido.

El hecho (la circunstancia) de que Parish haya llegado a Buenos Aires hacia la época de Baring Brothers y su memorable empréstito de 60 por 100 y se haya ido poco antes de la ocupación británica de las Malvinas lo coloca en un paréntesis histórico que no excita mucha benevolencia en el juicio rioplatense actual. Deslinde él su participación en los dos hechos y en todo un decenio. Pero el impacto objetivo de “las instituciones” (lo pensaron tanto Santo Tomás como Marx) no es identificable con la intención subjetiva de sus integrantes y la Providencia nunca escribe la historia con líneas totalmente torcidas ni deja una sola imagen de los hombres y de sus fines. Así también Parish, al partir de Buenos Aires para una extensa carrera diplomática, llevaba los materiales de este libro que más tarde enriqueció con las valiosas publicaciones de don Pedro de Angelis y amplió continuamente, pues nunca cedió en su interés por estas tierras del Sur. La primera edición de 1839 representa una obra mucho más delgada que la que vuelve a publicar en 1852, como estimulado por la nueva actualidad que con la caída de Rosas había cobrado la brumosa y cortejada Confederación. Ese mismo año, *Buenos Aires y las provincias* aparecía en la capital argentina traducida y engrosada con valiosas notas (que la edición actual reproduce) del gibraltarinista Justo Maeso (2) que años después se radicaría entre nosotros y sería uno de los primeros historiadores de Artigas. Fue editada por el librero español Benito Hortelano, autor de una sabrosa “*Memorias*” exhumadas por Espasa - Calpe en 1936.

III

Haber dicho que el libro de Parish es una monografía importa adelantar que el testimonio personal directo (que es, al fin y al cabo, lo que hoy más nos significa) aparece en ella mucho más tenuemente que en sus contemporáneos Head, o Beaumont, o Brackenbridge, para citar unos pocos ejemplos. Pero no puede negarse que esta obra que trata del Paraguay pero que, infelizmente, elude nuestro país de modo casi sistemático, es la primera imagen física, histórica y social coherente que de la Argentina poseamos. Un jalón así, de valor objetivo, en la evolución de un tema, además de filón riquísimo de toda clase de datos y referencias.

Entre los muchos pasajes valiosos que pudieran señalarse, algunos de sus capítulos, como los dedicados a la Patagonia; otros, que tratan de la exploración del Sur bonaerense apuntan que Parish tuvo una mirada muy alerta para las posibilidades teóricas de esa “historia de la Frontera” con que la historiografía argentina debería contar como cuenta con ella (y es una de sus zonas más apasionantes y renovadas), la de los Estados Unidos. Otras páginas, como

las que narran el terror de unos caciques indígenas ante la perspectiva de subir las escaleras del Palacio de Gobierno o la posterior visita en bote a un buque de guerra inglés (p. 243 - 244) abonan que Parish tenía el infalible ojo inglés para el templado humor y sabía (también) contar con gracia, vigor y economía.

Y todo el libro de este eficaz servidor de su Majestad la Reina permite recordar que los diplomáticos pueden no ser esa casta de ignorantes zánganos onerosos con que los uruguayos tenemos excesiva – y hasta justificada – inclinación a identificarlos.

IV

Steam Warfare in Parana (La escuadra anglo – francesa en el Paraná, 1846) de Laughlan Bellingham Mackinnon es obra de propósito mucho más concentrado que el del anterior.

Después de su derrota en Obligado (1845) Francia e Inglaterra, que habían resuelto abrir a cañonazos los ríos interiores de la cuenca del Plata, reforzaron sus estaciones navales en el Sur. En uno de esos barcos, el “Alecto” (uno de los primeros buques de guerra a tracción mixta de vela y rueda de vapor) venía un promisorio teniente de 31 años que en 1848 publicaría en Londres el diario de su aventura sudamericana. José Luis Busaniche, el más eficaz propulsor actual de la difusión de los testimonios ingleses, lo ha traducido, poniéndole notas sobrias y esclarecedoras.

Extremadamente ameno, rico de útiles atisbos sobre nuestro país, la lectura de Mackinnon, renueva, sin embargo, un fenómeno que no es impertinente plantear. Y que es el de que opere en los mecanismos de la lectura una infalible y singular simpatía (“sinfonismo” es la palabra técnica) que nos impulsa a identificarnos con la voz y la peripecia de cualquier narrador que nos revele su intimidad desde el hontanar de pensamiento y decisiones; que nos hace unos con cualquier biografiado, por poco amable que sea, al que sigamos desde la cuna hasta la sepultura. En el caso de Mackinnon, y a través de esa asunción, fundamentalmente inconsciente, el lector rioplatense participará, a un siglo de los hechos y quiéralo o no, de los intereses y los riesgos de un grupo de hombres que hoy es difícil que no sintamos se hallaban en el peor lado de un conflicto complejo pero no ininteligible. Porque en 1846, la voluntad de los fuertes, que penetra por todos lados esa tenue ficción que es el Derecho Internacional, no había definido siquiera esa noción de “ríos internacionales” que habían de abrirse, aun compulsivamente a la sacrosanta expansión comercial. Mackinnon (también lo hace Parish) solo hablaría vagamente de “la ley de las naciones”. Y agreguemos nosotros a las reflexiones de Busaniche que algunas resoluciones del Congreso de Viena, ordenación de vencedores, poco podían valer para naciones que en nada habían tenido parte en aquellos acuerdos.

Y entonces pensemos lo que pensemos de Rosas, es difícil que no veamos hoy que, en los cañones criollos de Obligado, de Quebracho, de la Bajada de Santa Fe, de San Lorenzo, de Tonelero, estaba una voluntad americana de ser y una resistencia a la balcanización “civilizada” y a la Ponsonmby, y una desconfianza al enriquecimiento destructor de las comunidades nacionales promovido en todo el mundo por las potencias expansionistas que, de algún modo, impone una coherencia, de algún modo comporta, hasta nuestras días, una actitud. Pese a ello, y por lo que antes se señalaba, Mackinnon logra que cuando se vea

desde su catalejo al General Mansilla (cuñado de Rosas, padre también del gran escritor) inspeccionando sus baterías, se le vea como un enemigo (“el” enemigo) y se suscite el aflorante desprecio que él mismo siente – desde el puente de su flamante mundo de vapor, barnizado, eficaz, intimidante – hacia aquellos ecuestres chamboneos con que se libraba (se vería mejor seis años después) una acción de retaguardia, ya desesperada.

Pero Mackinnon, como todos los ingleses de su época, no solo era un diligente oficial de combate (especialista en unos cohetes “a la Congreve”, con premonitorios *tubos de lanzamiento, plataformas*, y todo). No solo lo era un rubicundo conquistador capaz de cumplir las tareas más difíciles y arriesgadas con una especie de ánimo deportivo, limpio y eficaz, y hasta éticamente valioso si se prescinde de sus fines. También, como casi todos sus connacionales y coetáneos era Mackinnon una alma lírica, que la naturaleza (aun sin Wordsworth) transportaba y que el Paraná (que remontó hasta Corrientes), el Uruguay (después navegado hasta Paysandú) y sus fragantes reinos respectivos entusiasmaron más allá de todo adjetivo. Su diario es, en este plano, una especie de síncopa de jaculatorias cortadas por innumerables varaduras y tenaces nubes de mosquitos. Ni unas ni otras, ni el más intermitente peligro empañaban su bien dispuesto continente ni le cegaban al encanto del mundo que en torno tenía. Valgan, como ejemplo, las dos páginas en que cuenta la exaltación casi mágica de una noche pasada al raso de una estancia correntina (págs. 89-90).

Pero tampoco Mackinnon agotaba su fórmula en ser un oficial diligente o un inspirado bucólico. Si sus observaciones sobre las causas del caos rioplatense, sobre la crueldad de los mataderos y del trato general con los animales, sus quejas de la impuntualidad criolla o de las baquías fraudulentas que se contrataban, su admiración por la agilidad ecuestre de los niños son las habituales de los testigos ingleses de su época, algunos pasajes de sus reflexiones prueban que avizoraba muy agudamente lo que del lado europeo se estaba dilucidando o lo que contenía la aspiración de Rosas *de apoderarse de ambas márgenes del Río de la Plata y de controlar la ruta que conduce a las regiones que pueden proveer como ninguna otra de materia prima al Viejo Mundo y consumir a su vez enorme cantidad de artículos manufacturados. Tampoco le faltaba la visión prospectiva del momento en que estos países se encuentren abiertos a la empresa y a la perseverancia de la raza anglosajona, cuando las enormes posibilidades de esta región se hagan efectivas mediante los capitales que entrarán, como es natural, por el camino que descubran los empresarios, entonces ha de verse con asombro la fortuna prodigiosa que harán estas empresas y la riqueza ilimitada que ha de caer como el golpe de una varita mágica sobre estas tierras.*

Como el “Alecto” recaló varias veces en Montevideo, el oficial inglés tuvo oportunidad de ver de cerca el tan remontado balón de “la Nueva Troya”. Criticó severamente la crueldad de Oribe, la impunidad montevideana, las mentiras con que ambos bandos se arrojaban a la cabeza. Menos duro que Sarmiento que ya (aunque involuntariamente) lo es bastante, en una ocasión condensó su juicio sobre la Defensa: *En este período, la ciudad de Montevideo se hallaba en un estado de discordia y de caos que superaban todo lo imaginable. Los altos funcionarios de los dos países más poderosos del mundo eran de facto, los gobernantes de la ciudad, porque los gobernantes nominales dependían enteramente de ellos. Y en consecuencia, las autoridades locales estaban dispuestas a expedir proclamas o a hacer*

leyes o no hacerlas, a hipotecar rentas, o llevar a cabo cualquier resolución que les fuera ordenada por dichos gobiernos.

Los habitantes de la ciudad estaban divididos en diverso bandos. Primero estaban los exportadores, cuyos negocios en algodón, lana, quincalla, etc., permanecían estancados por las acciones de guerra. Este bando condenaba la guerra en alta voz como inútil por el ningún efecto que producía, y como ruinosa para ellos; también se lamentaban de que, por la confianza puesta en la intervención armada de Inglaterra, habían ampliado el crédito al extremo, y por ese motivo perdían grandes sumas de dinero. Después venían los abastecedores de los buques. Estos ganaban dinero por la extensa circulación de la moneda de John Bull y estaban cobrando a precios muy excesivos todo lo necesario para la provisión de los buques ingleses y sus tripulaciones y consideraban que sería una mancha para el honor de Inglaterra el terminar la contienda antes de que fuera depuesto el detestable Rosas. Luego venía el gobierno de Montevideo que vociferaba y rugía proclamando un grosero patriotismo, según se lo ordenaban. Los nativos de la ciudad eran pocos y todos eran tenderos y dependientes de casas inglesas, cuyas opiniones nadie tenía en cuenta. El resto de la población estaba formada por vascos, por italianos y por negros libertos.

Así pagan los lúcidos amos imperiales a los servidores nativos demasiado officiosos.

Carlos Real de Azúa

NOTAS

1) MARCHA, Nos. 809 – 811, a propósito de un libro de Hinchliff.

2) Horacio Arredondo, que incluye a Parish en su Bibliografía de viajeros en “Civilización del Uruguay”, II págs. 66 – 67, atribuye la traducción a “Carlos” Maeso; también, curiosamente, Eugen Millington Drake afirmó que el libro de Parish no había sido traducido, urgiendo hacerlo (“Rutas”, Montevideo, N° 1, julio 1954, págs. 25 – 31).

3) Algo discutible parece la que identifica al “faisán” y a la “pava de monte” al pie de la pág. 207.